

## SAN ISIDRO Y MADRID

Por ERNESTO GIMENEZ CABALLERO

El que haya coincidido este año el día de San Isidro patrón de Madrid con la fiesta de la Victoria, con la venida del presidente de Portugal, con la actuación de los Coros Clavé de Cataluña y con una continuidad de toros, teatros, bailes y festejos populares, en una animación indescriptible de forasteros nacionales y extranjeros. Eso, aunque en mucho, no puede ser solo debido a las admirables iniciativas de nuestro Ayuntamiento y a la cooperación del Círculo Mercantil madrileño. Sino que tiene que haber sucedido algo mas profundo.

“Cosas hay que los que nacimos en esta villa las sabemos en naciendo sin que nadie nos las enseñe y diga” —advirtió ya Lope de Vega por 1622—. Y una de las cosas más esenciales que supimos —Lope en su tiempo y nosotros ahora— es la trascendencia que para el destino de Madrid y de España significa el culto y devoción de San Isidro.

Desde la época de Lope cuando se canonizara el santo con fiestas imborrables, no se había vuelto a festejar el misterio de nuestro patrón como lo venimos celebrando cada vez más trascendentalmente a partir de la victoria.

La fiesta de San Isidro en Madrid había ido decayendo tras los tiempos de Lope al compás de la decadencia española, como si el destino de Madrid y el culto de San Isidro fuesen paralelos. Antes de nuestra guerra ya esa fiesta de San Isidro había quedado reducida a un simple festejo local bueno para pardillos, soldados y criadas en torno a la Plaza Mayor. No se comprendía ni se podía sospechar entonces que el 15 de mayo pudiera representar lo que hoy representa, levantado desde Madrid en mitad de la primavera española como su fiesta más solemne.

La primavera se iniciaba festivalmente el 19 de marzo en Valencia, día de San José, con las fallas, fiesta del fuego, del mito solar. Tras Valencia venía el misterio sacro de la Semana Santa por todo el país y singularmente en Sevilla que, con su feria inmediata, concentraba la máxima atención del calentario primaveral de España. Y ya

el sol, en marcha caliente, caminaba hacia la Fiesta del Corpus, en la que Madrid tenía menos importancia que un Toledo o una Granada. Madrid, en rigor, no poseía Fiesta de Primavera. El 15 de mayo era algo local, suburbano y garridero: iniciando en la Pradera del santo junto a los cementerios un culto parroquial a lo largo del verano en forma de verbenas. Tras la de San Isidro, la de San Antonio y la del Carmen y la de San Lorenzo y la Paloma y así hasta la Virgen de Septiembre, la melonera.

Le faltaba a Madrid una fiesta suya y capitalicia, central, como la tuviera en tiempos de Lope. Una fiesta patronal de rango hispánico y católico. Y eso es lo que desde nuestra Liberación de Madrid van constituyendo estas solemnidades de San Isidro, donde, al fin, lo campesino queda relegado a un símbolo trascendente y en cambio se acentúa más cada año lo urbícola, lo capitalicio.

No. No es un azar que estas fiestas patrocinadas por el Ayuntamiento las encauce y organice un círculo como el mercantil e industrial. Otra institución que evoluciona a nuevas grandezas como en tiempos de un nuevo renacimiento. También el Círculo de la Unión Mercantil fue hasta ahora un simple Casino gremial para honestas y burguesas distracciones familiares con tal o cual discurso político —antes de la guerra— esporádico o de relumbrón. Pero nunca una institución que, como ahora, comenzase a encabezar movimientos ideales de cursos y conferencias. Y cuya tribuna empezase a tener más vitalidad que la del viejo Ateneo. Como si de pronto el comerciante madrileño al igual que sus congéneres itálicos en tiempos de los Medicis o Chigis y al igual de los que prepararon en Francia la eclosión de los Derechos del Hombre y en Inglaterra la era vitoriana —se hubiese dado cuenta de que el comercio es el supremo vehículo de la cultura, de la civilidad y de la libertad de un pueblo.

Hijo soy de comerciante e industrial y conozco bien todo lo que esta fuerza significa para la dignidad del mundo.

La decadencia de España desde el siglo XVII estuvo precisamente en el desprecio que aquella riqueza improvisada y falsa que trajeran los metales preciosos de nuestra América —provocó hacia el trabajo y hacia las actividades industriales, mecánicas y mercantiles. Todo el mundo comenzó a querer ser hidalgo y a reivindicar títulos de nobleza. Como si el ser hidalgo —hijo de algo— desde que el mundo es mundo, se debiera a otra cosa que a hazañas de guerra o a empresas de riqueza. Es que San Isidro —Patrón de Madrid— fue un señorito? Y para llegar a santo tuvo que inflarse de duque o marqués? Le bastó mostrar a Dios las callosidades de sus manos y el sudor de su frente para que le enviara dos ángeles a nombrarle caballero de Dios, hijo de algo divino, hijo del trabajo y la piedad.

Yo no voy a defender ahora el comercio y la industria en abstracto, porque entre otros lo hizo ya un filósofo como Schopenhauer, hijo también de comerciante. Lo único que quiero defender ahora es la industria y comercio de Madrid, siempre olvidados, desdeñados o atacados ya por provincianos resentidos o por algunos burócratas madrileños que creen salvar al mundo con sentarse en un buró o en-

chufe estatal a leer el periódico, sembrar el pavimento de colillas y de malhumor una ventanilla pública.

Todo el mundo dice hoy que Madrid ha vuelto a ser la capital de España. Y con más belleza y decisión que nunca. Y una de las capitales más lindas de Europa. Ciertamente que esa fue, ante todo, nuestra consigna de poetas videntes al terminar nuestra guerra. Y esa, la tarea de nuestros órganos estatales de reconstrucción. Pero, el ejército o masa de choque para ganar esta batalla cuál fue? El industrial, el comerciante, el productor. La masa trabajadora de Madrid. La que arriesgó su crédito —que es más que la vida pues el crédito es honra— y sus horas de sueño y la tensión de sus músculos, para levantar piedras caídas, edificar, embellecer —y— concretamente el comercio: llenar de “escaparates” y de “géneros” el Madrid ciego y exhausto de las hordas bolcheviques.

Una capital no es capital ni una ciudad es ciudad mientras no tiene escaparates radiosos de luz, repletos de cosas que vender tras ellos. Cuantos más escaparates y más luminosos y más nutridos y más espléndidos y elegantes, tanto más ciudad será esa ciudad y capital esa capital.

Por qué son posibles estos momentos de plenitud madrileña?

Sencillamente: porque se ha vuelto a celebrar el sacro Misterio de San Isidro, patrón del trabajo. Y de la unidad, la grandeza y la libertad de España.

Quién fue San Isidro? Cuál es el Misterio nacional de San Isidro?

Todas las historias están conformes en que San Isidro naciera hacia el siglo XI. Y qué pasó por Madrid en el siglo XI para que naciera entonces San Isidro. . . . Pues por Madrid —pobre villorrio entonces— pasó a hombros de combatientes cristianos hacia León, el cuerpo de San Isidoro, rescatado de las tierras infieles y agarenas de Sevilla: San Isidoro que representaba por eso el símbolo de la vieja unidad española antes del Guadalete, la unidad deshecha por la invasión árabe. Y —como una semilla preñada de futuro— dejó al pasar por Madrid su nombre de Isidoro a aquel pobre campesino que se llamaría desde entonces así: Isidoro o Isidro y se le habría de canonizar cuando ese nombre de Isidro o Isidoro volviese a simbolizar en el Madrid recién nacido del siglo XVII también emblema de unidad. De unidad capitalicia.

Pero no era bastante. Además de la unidad española existía entonces un Imperio inmenso y ese santo jornalero no tenía la categoría necesaria para patrón de toda una capital imperial. Y entonces es cuando nuestra genial Compañía de Jesús propuso la canonización de Isidro junto con la de otros tres santos ya ecuménicos: San Ignacio, Santa Teresa y San Francisco Javier. En el año de 1622. Pasando así nuestro Isidro a representar no solo la unidad española como antaño Isidoro el de Sevilla y enterrado en León. Sino también la grandeza o Imperio de España al igual de Teresa, Ignacio y Francisco Javier.

Unidad y grandeza de España en San Isidro, cantadas por Lope y todos los poetas españoles de 1622. Pero: faltaba aun que fuese

símbolo de nuestra libertad. Y esa fue la última entraña de su Misterio. San Isidro con su esposa María de la Cabeza y su hijo San Illan —vinieron a constituir el trasunto madrileño de la sacra familia: de José, María y Jesús. O sea: la bandera de la libertad católica de un pueblo simbolizada en el hogar, en la familia, en la exaltación del hijo y del matrimonio— frente a la falsa libertad del renacimiento europeo, del adulterio y del materialismo histórico que traería la revolución sobre España, sobre Europa y sobre el mundo. Y oscurecería desde el siglo XVIII hasta nuestra guerra el Misterio de San Isidro —símbolo de la unidad, grandeza y libertad de España. Y con su oscurecimiento— el oscurecimiento y decadencia de Madrid como capital y de España como país libre, grande y unido.

Ahora comprenderéis por qué Isidro ha vuelto a ser signo nuestro. Y a qué obedece la exaltación nueva de su culto. Sencillamente: a que España ha recuperado su destino y Madrid el suyo de capital, en ese destino hispánico.

Todos debemos vigilar para que de nuevo este destino no se desvíe y ese símbolo no se oscurezca otra vez. Y para ello debemos montar guardia frente a dos graves peligros que pueden amenazarnos. Uno, de orden político y otro de orden social.

Políticamente no debemos olvidar que Isidro surgió en una España que era un “Reino” como ahora. Un “Reino” de Reyes Caudillos, reconquistadores.

Cuando ese Reino se convirtió en una Monarquía anquilosada y pomposa desde el siglo XVII la decadencia de Isidro y de España comenzaron. Y cuando esa vacua Monarquía se convirtió en República vacua terminó por hundirse el símbolo de Isidro y el de Madrid.

Y es que un “Reino” —como dijo Cervantes, es una institución entre Monarquía y República, la institución que la integra y supera—. Y puesto que hemos vuelto a fundar el “Reino de España” hay que vigilar que no se desvíe este Reino a ninguno de sus extremos. Y halle su continuidad en ese justo medio de la regencia, de lo que rige.

Y el otro peligro que puede amenazar el Misterio de nuestro Patrón y por tanto la unidad, grandeza y libertad de España es que el nuevo afán por tener todo el mundo un título —unos de nobleza y otros académico, de bachilleres— nos deje el campo español sin “isidros”, sin labradores y se convierta Madrid en una inmensa conejera de burócratas que se coman el comercio, la industria y al mismo santo en forma de rosquillas.

Y frente a ese peligro del absentismo en el trabajo manual y material, del campo, del mar y de la mina —solo hay una solución que vengo ondeando como bandera salvadora: crear el “Servicio Laboral” complemento e integración del “Servicio Militar”—. El Ejército del Trabajo, el que nos redima de todo señoritismo y petulancia, el que unifique las clases sociales, el que cree riquezas colectivas insospechables y con ellas se potencien la industria y el comercio de nuestra patria.

Hay que volver a ser todos “isidros” si no queremos convertirnos en timadores de nosotros mismos, dándonos el clásico timo del pa-

pel impreso, del papel de oficio, del título de bachiller o de nobleza que no valgan para nada. Hay que volver a crear el Mito del Trabajo como redención humana frente al pecado original del hombre y el menos original del hombre español que es el de una tradicionalísima vagancia.

Frente al viejo y decrepito Madrid de tiempos anteriores, Madrid de la vagancia y el señoritismo y el burocratismo: un nuevo Madrid como capital del trabajo!

Un Madrid de una España otra vez unida y libre y que espera ser grande cuando todas nuestras hermanas repúblicas de América formen con nosotros la confederación espiritual que nos señala la Providencia.

**Hay que ir levantando y erigiendo en Madrid las verdaderas estatuas significativas de nuestra pasada y futura grandeza.** No estatuas insignificantes y cursis de nuestros peores tiempos decadentes. Hay que ir pensando en flanquear por ejemplo la nueva Avenida de América con las estatuas de los viejos conquistadores y de los emancipadores y caudillos de los libres pueblos americanos. Y ante todos los emancipadores, la estatua de Bolívar, ya que la efigie en bronce está vigilante en plena Puerta del Sol madrileño, incrustada por nosotros en "La Cripta de Don Quijote", que será algún día, la cripta de los libertadores de hispano-américa. Hay que ir a todo lo que establezca hermandad y unificación en el pasado y en el porvenir. Y nos haga tornar a los tiempos espléndidos de Lope, **en puro espíritu ahora.** Y a la bendición ecuménica de Isidro el Santo Patrón.

Por eso vuelvo a reiterar como al principio: "Cosas hay que los que nacimos en esta villa las sabemos en naciendo sin que nadie nos las enseñe y diga".

Y una de esas cosas —sobre la unidad, la grandeza y la libertad de España— es la que acabo de decir al hablaros del Misterio sacro de "San Isidro y Madrid".